

V

Ah, señorito Vivien — decía al otro día el conserje del hotel, con la cara desencajada, al presentarse Pedro en la puerta del vestíbulo... ¿No sabe usted la desgracia? ¿Nuestra Daisy? ¡quién lo hubiera pensado! ha huido. — Sí señor. Esta mañana al abrir yo la puerta la vi que se iba de una carrera... Parece que le iba bien con el cocherito, pues se paró delante de un coche para procurar saltar en el pescante. Creería sin duda que era él, pero no, era un bruto, señorito, y le largó un latigazo. Rueda por los adoquines. Precisamente pasaba un automóvil a toda velocidad. De modo...

— ¿La aplastó?...

— Sí señor. ¡Un animalito tan lindo y precisamente en el momento en que la habían vuelto a traer. No nos hemos atrevido á decirselo á la señorita. Pensamos que el señorito Vivien la prepararía mejor...

— ¿Yo? dijo Pedro. Precisamente venía á pedirle á usted que avisase á la señora que no me esperara hoy. Íbamos á salir juntos y no puedo acompañarla...

— ¡Vaya un tipazo! dijo el conserje vuelto á la sinceridad cuando su interlocutor se hubo marchado sin entrar. ¡Me pareció que iba á llorar por este feo animalucho!... ¡Imbécil! ¡No sabe!... Y pensando en la época en que Dehandy había traído á Daisy á la casa, el mal sirviente, que tenía el espíritu tan malévolo como simple, se echó á reír. Y Dehandy á lo menos era un gran tipo, ¡mientras que éste!... ¡Ah! ¿Cómo ha podido tomarlo, la señora?... Luego mirando la espalda algo cargada de Vivien, que se alejaba á lo largo de la Avenida Montaigne, se encogió de hombros. ¿Qué hubiera sido si hubiese adivinado que las asiduidades del visitante cotidiano no habían sido nunca recompensadas con un beso siquiera, y lo que representaba de tan delicadamente joven, en este corazón de más de cincuenta años, esta lástima por la celosa y desgraciada Daisy?

V— El último papel

I

ESTÁ muy malo, ¿no es verdad, señor doctor? preguntó el anciano al joven médico.

Este, un mozo alto, rubio, de mirada atrevida, de boca alegre, preparábase á subir en el cochecito automóvil que empleaba en sus visitas y que él mismo conducía. Se encogió de hombros, miró por el lado de la casa de la cual salía para asegurarse de si alguien le espía, y luego dijo brutalmente:

— ¡Está perdido! Y sin otro comentario, empuñó con el robusto brazo la palanca de embragado y la atrajo hacia sí. El motor empezó á jadear y trepidar, y el médico, instalado en el pescante, con las manos en el volante, partió, haciendo con la cabeza un gesto de despedida á su interlocutor que quedó inmóvil mirando también la casita alegre y clara, bajo el sol de aquella mañana de primavera. Era la clásica morada del rentista en una vieja ciudad de la Isla de Francia. Estaba situada en una de las calles de Nemours, no muy lejos del mercado y muy cerca de ese brazo del Loing llamado los *Pequeños Fosos*, que surca la ciudad á lo largo del hospicio, con su campanario semi-gótico y semi-renacimiento. Esta casa tenía dos pisos, cada uno con dos ventanas. ¡Las persianas pintadas de obscuro se abrían sobre plantas trepadoras tan frescamente verdes en esta época del año! Un jardincito se extendía delante de la escalinata. Dos grandes lilas en flor lucían sus ramas cargadas de racimos de color violeta que temblaban en el azulado ambiente. La sentencia de muerte pronun-

ciada por el médico contra el huésped de este asilo, tomaba, por el contraste, un significado más siniestro. ¡Qué crueldad más gratuita de la naturaleza esa condena de un ser al cual bastaba una existencia entregada á diversiones de tal inocencia! ¡El amigo fiel que contemplaba esta casa sentía este contraste más vivamente aun por los recuerdos que este fin próximo de un compañero de su juventud evocaba en él. Su primer encuentro remontaba á medio siglo. Eran entonces alumnos del Conservatorio. El uno y el otro habían hecho luego carrera de cómicos por vías algo distintas. Los nombres de guerra que habían tomado resumían para ellos estas diferencias. El uno, el propietario condenado de la casita, tuvo un premio de tragedia. Entró en el Odeón, primero, luego en el teatro Francés, donde había envejecido en empleos subalternos por falta de un verdadero temperamento. En su fe de bautismo se llamaba muy modestamente Dubois; para el público era Brizart. Había tomado el nombre de este ilustre trágico alabado por Lemercier: « El viejo Brizart, cuya estatura era teatral, la cabeza majestuosa, las manos paternas y que sin arte hacía salir lo patético de sus entrañas... El otro, el que iba á sobrevivir, había cambiado su nombre, poco brillante de Dupin, por el de Valville. No se había opuesto esta etiqueta del antiguo repertorio á que fuera cada vez más en sentido opuesto al de su camarada. También él había entrado en el Odeón, mas para pasar de allí al Vaudeville y á Varietés. No se han olvidado los triunfos que su asombroso ingenio le hizo alcanzar, primero en el papel de galán joven, luego en los de enamorado quincuagenario en las obras de Halevy y Meilhac. Había sido la propia encarnación del vividor sentimental é irónico, ingenuo y pillastre, delicado y casi risible de este espiritual teatro — imagen de una sociedad que ya no existe, la del segundo Imperio, prolongada en la tercera República. Todo termina, hasta la boga de los cómicos, y el ilustre Valville había conocido, lo mismo que el obscuro Brizart, la melancolía de la función de despedida. Ambos actores no habían dejado de ser amigos íntimos, á pesar de la diferencia de sus géneros, y, lo que pinta la bondad de sus corazones, la de sus éxitos. Muy jóvenes aún, se

habían casado con dos hermanas, alianza que los había unido más aún. Después de enviudar ambos habían adoptado para retirarse la misma ciudad, este antiguo Nemours que ejerce en la gente de teatro un inexplicable y omnipotente atractivo. Habían comprado dos casas en la misma calle; hacía de eso apenas diez y ocho meses, contando instalar allí, en la orilla del Loing una pequeña provincia del país de Monomotapa, como en la fábula:

Dos verdaderos amigos vivían...

Y casi en seguida Dubois, denominado Brizart, había empezado á dar señales de uno de esos desmejoramientos progresivos que los más ignorantes en patología deben notar. Su tez se había puesto amarillenta, las venas de la frente eran más salientes, flexuosas, las mejillas hundidas, y vacilante la palabra. El doctor consultado — ese mismo médico automovilista, que acababa de decir el lacónico: ¡Está perdido! — había nombrado una enfermedad temible y misteriosa:

— Tiene *arterio-esclerosis*. ¿Habrás fumado mucho sin duda?

— ¿El, doctor Marmier? Ya tenía horror al cigarro en el Conservatorio...

— Entonces la copita... ¿Eh? Confíese usted.

— Jamás ha bebido otra cosa que agua.

— Las hembras, entonces, entre bastidores...

— ¡Ah, doctor! Brizart era un marido modelo. Además, le juro que los bastidores no son lo que usted cree.

— ¿Habrás tenido emociones, grandes penas ó bien ha trabajado en exceso?

— Si es un reloj, doctor Marmier, es un reloj. Se levantaba á la misma hora, el almuerzo lo mismo, y en la calle de Richelieu no tenía mucho que hacer, ¿usted sabe?... ¡Ah! ¡si hubiera sido en el boulevard Montmartre! ¡Pero en la casa de Moliere!...

Y el viejo comediante del boulevard tuvo un gesto ¡y qué gesto! el de un veterano del gran Ejército hablando de un guardia nacional.

— Entonces será simplemente el moho de la vida, como dijo acertadamente Peter, contestó Marmier.

Cuando los médicos no comprenden las causas de una enfermedad, pronuncian sentenciosamente una fórmula. En tiempos de ese Moliere, del cual hablaba Valville con poco respeto, esta fórmula se decía en latín. Hoy es alguna cita de un maestro, redactada en esa forma pintoresca y brutal de la retórica que la facultad emplea tomándola de la literatura realista. Pero el ateroma permite larga vida aún, prosiguió, y el señor Brizart está en Nemours en condiciones ideales. Vida tranquila, buen aire, régimen sobrio, leche, carne blanca, legumbres; un poco de hidroterapia moderada. Con veinte días al mes de yoduro de sodio, yo lo curo; ya verá usted...

Por el contrario, Valville había visto á su colega ponerse cada vez más amarillo. Las mejillas del infeliz seguían hundiéndose, y su espalda se iba encorvando. Luego, bruscamente, había aparecido uno de los síntomas más terribles para quien asiste á esta clase de enfermos: accesos repetidos de angina de pecho. Brizart, inmobilizado de repente por un dolor horrible, que irradiaba del corazón hacia el cuello y el brazo izquierdo, pálido, sudoroso, incapaz de respirar y de hablar, y en sus pupilas la angustia de la muerte inminente. El doctor Marmier, llamado á toda prisa, había auscultado con cuidado al viejo trágico y luego pronunció una palabra, á la par demasiado obscura y clara para no extremar las aprensiones de Valville:

— Temo una aneurisma de la aorta, dijo. Sobre todo, ninguna emoción. ¿No habrá tenido ninguna en este tiempo?

— ¿Y qué emoción quiere usted que tenga? había preguntado el fiel amigo.

— Tanto mejor, tanto mejor, contestó el médico con aire incrédulo. ¿Y no va con demasiada frecuencia á París?

— ¿Él? Una ó dos veces al mes cuando se representa una tragedia en su antiguo teatro. Ha sido la tragedia su única pasión; la única... Le afirmo, doctor, que se forma usted una idea muy falsa acerca del modo de vivir de los artistas.

Había movido la cabeza Marmier. No hay nada tan reducido como la psicología de un médico que no es muy

inteligente. Este oficio, del cual se pudiera creer que debe desarrollar en el más alto grado el sentido de la observación, parece bien al contrario obliterarlo en los facultativos mediocres que no piensan ya más que por casillas. La necesidad de decidirse aprisa, acerca de individuos que no tienen materialmente tiempo de estudiar, explica esta disposición de espíritu. Marmier se había formado su tipo de actor, y queriendo ó sin querer, tenía Brizart que entrar en ese tipo. No creía, pues, en las protestas de Valville. También había otra casilla en él; la de las visitas á diez pesetas. Había empezado á multiplicarlas — digámoslo por no calumniar mucho la frecuencia con que hacía sus auscultaciones. — Las crisis de *angor pectoris*, por cierto, también se habían multiplicado. Marmier, que diagnosticaba bastante bien, no tardó en darse cuenta de que la aortitis crónica que revelaban estas crisis, se iba acercando al desenlace. Aquella mañana, la extremada angustia de Brizart, el enfriamiento de las extremidades, la debilidad é irregularidad del pulso, le habían parecido anunciar la ruptura inmediata del corazón. Y había cumplido su palabra con Valville que le había pedido que no le ocultara la verdad.

— Quizás he hecho mal, pensaba mientras que su cochecito lo llevaba al través del verde campo primaveral, por el lado del Chateau Landon y sus pintorescas peñas.

Se lo va á decir, ¿y para qué?... Eso es cosa de ellos... Es capaz de querer que su compañero muera cumpliendo con la Iglesia para hacer creer á la gente de aquí que los señores Valville y Brizart son gente virtuosa. ¡Estos cómicos que mitómanos son!

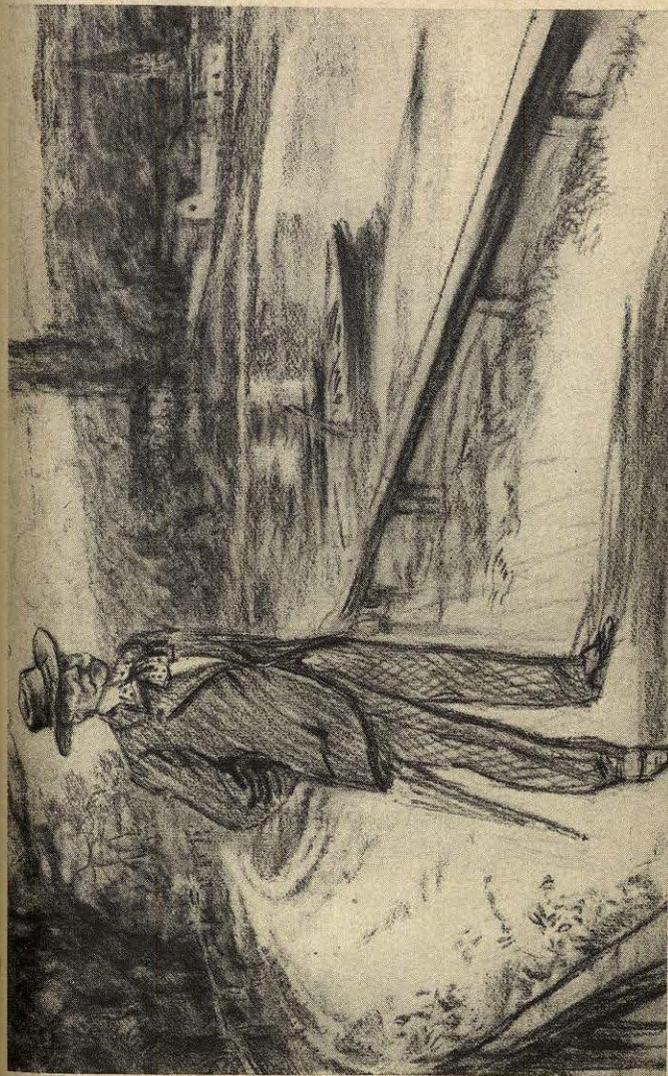
II

¡Ay! nadie en el mundo merecía menos que el pobre actor de Variétés este calificativo creado por un maestro de la psiquiatría, el doctor Ernesto Dupré, para designar

á los embusteros profesionales. Si, era un poco exagerado. No se puede escapar á la influencia del oficio y no impunemente se ha representado durante años todos La Muscadiere, Boisgommeux, Montflambert, La Goupilliere, ya conocéis los nombres con los cuales este amable Meilhac y este chistoso Halevy bautizaban á sus vividores envejecidos. — Así es que retirado en este campo de Nemours, se habia compuesto un aspecto de parisiense veraneante : — polaina gris con zapato amarillo, pantalón gris á cuadritos, americana azul abrochada con un solo botón, corbata Lavalliere de fular flexible con cabo suelto, sombrero blando de fieltro con el ala cuidadosamente agachada por delante, guantes de hilo, quitasol de seda cruda, forrado de verde. Y cuando paseaba á lo largo de Loing al mirar la sombra de su silueta proyectada en el claro suelo, pensaba con un orgullo profesional :

— ¡Qué bien ! ¡ Que no digan que no está propio el hombre !

Pero el corazón que latía bajo este chaleco de crudillo — ¡ con qué arte elegido ! — era sencillo como el de un niño, y cuando atravesó el jardincito para visitar á su amigo, después de oír el cruel veredicto del médico, verdaderas lágrimas corrían por las mejillas del pobre Valville y mojaban su bigote, blanco del todo, que lucía con orgullo como desquite de la cara afeitada que habia tenido que llevar tanto tiempo. Lo secó con el pañuelo cuando la sirvienta vino al oír la campanilla. La cara de aquella mujer expresaba los sentimientos contradictorios que sienten los criados en visperas del fallecimiento probable de un amo. Van á perder una colocación y no se atreven á hacer gestiones para encontrar ya otra. La común humanidad se emociona en ellos ante la proximidad de la agonía y se mezcla en ello una curiosidad involuntariamente cruel, la ingenua importancia de participar en un acontecimiento del cual se ocupa el vecindario. Un fondo de indiferencia persiste — porque después de todo el año es un extraño que va á morir. — ¿ Me dejará algo en el testamento ? Esta idea hace chispear la avaricia en sus ojos y complica aún la expresión de éstos que ya es tan oscura. Marieta — tal era el hombre de la mujer que tenía el rango de ama de llaves



...se habia compuesto un aspecto de parisiense veraneante... (pág. 240).

en casa de Brizart — se adelantó á las preguntas del visitante, diciendo :

— No hay medio de hacer que se esté en la cama. Se ha levantado...

— Voy á obligarle á que se vuelva á acostar, contestó Valville que subió aprisa la escalera interior. No eran más que unos cuantos escalones, pero Brizart casi no podía subirlos y bajarlos desde hacía unas semanas. Sin embargo, se negaba á habitar la pieza de la planta baja que pomposamente se llamaba el salón. Las paredes de la escalera contaban, para quien las entendía, el motivo de ello. Estaban adornadas de arriba abajo con grabados que representaban retratos de actores ó escenas de teatro : los Lekain, Clairon, Adrienne Lecouvreur, Talma, así convertía esta escalera de piedra oscura en humildé sucursal de los corredores y el salón de la célebre casa de la calle de Richelieu. Esta pasión por el oficio se revelaba aun en el dormitorio donde se hallaba el enfermo. Estaba literalmente tapizado con los recuerdos de su carrera tan poco gloriosa. ¡ Ah ! no había sido por falta de fé y de perseverancia. Todos los Horacios y los Félix, los Titos, los Manlios, Flaminios, Sertorios, Burrhus y Heraclios de la tragedia clásica, habían sido concienzudamente representados por este devoto del género que ya no está de moda, y podía verse en veinte retratos tomados en todas sus edades, aquí vestido de laticlave, ahí con coraza y una mano puesta en una espada corta, en otra parte sentado en una silla curul y más allá arengando á los conjurados. Algunos de esos retratos eran simples fotografías de tamaño natural, otros eran retratos pintados al óleo. El cuidado que Dubois, llamado Brizart, había tenido en conservarlo, probaba la importancia que daba á las noches en que había realizado parte de sus ensueños de muchacho, concebidos en la época en que obtenía el segundo premio del Conservatorio. El glorioso diploma estaba allí en un marco, así como dos coronas de metal dorado ofrecidas al actor trágico durante una excursión en provincias. Ramilletes secos, marchitos, con cintas é inscripciones, rememoraban algunas representaciones más brillantes. Armas en panoplias y cascos romanos, limpios como piezas de vajilla de plata, reflejaban el sol que entraba por la

ventana. También chispeaba este sol alegre sobre placas de cristal protegiendo tarjetas de visita amarillentas con nombres de personajes conocidos y fórmulas de felicitación corrientes. No lo eran para Dubois, llamado Brizart, que se ocupaba en este momento en la tarea de la cual había hablado la sirvienta. Había empezado á cortar á tijeretazos la larga barba blanca que había crecido durante su retiro y que le daba el aspecto venerable de un *Joab* siempre á punto de exclamar :

¿Dónde estoy? De Baal, no veo al sacerdote...

Luego había tomado la brocha y se mojaba la cara con tanto vigor como lo permitía su debilidad. A cada instante tenía que bajar el brazo, porque el esfuerzo para tener la mano levantada, agotaba su pobre corazón. Sin embargo estaba bastante decidido para ejecutar hasta el final esta operación que le iba á devolver por un día la barbilla azul de su profesión. La hoja de una navaja abierta brillaba al alcance de su mano al lado del suavizador. Este viejo comediante de cuerpo delgado, envuelto en una especie de peinador de lienzo, á rayas, los pies en pantuflas, absorto de este modo en esas tareas de inexplicable atavío — ¿para quién y por qué se afeitaria con este esmero á pesar de su dolor? — parecía tanto más siniestro cuanto que había colocado en su mesa todos los instrumentos de un completo retocado. Pata de liebre, caja de colorete, lápiz para las cejas, y la muerte estaba en aquellos ojos de brillo siniestro, en los abultados párpados, en las hundidas y caídas mejillas, en el cuello, de piel ajada, plegada como un fuelle, en lo jadeante de la respiración, en la infinita fatiga de la actitud y del gesto. Sí, Dubois llamado Brizart, iba á morir y lo sabía. Saludó á Valville con una palabra que no permitía duda. Por coincidencia irónica, era precisamente la que había empleado el doctor Marmier.

— El médico sale de aquí. Estoy perdido, amigo mío. Perdido, ¿me oyes?

— Lo he encontrado, contestó Valville, y precisamente me ha afirmado lo opuesto; estás mejor...

— Yo te diré como Pilades y será dos veces cierto :

« Señor, vos me engañábais... »

— Entonces te contestaré como Orestes :

« Me engañaba yo mismo. »

— No, prosiguió el actor trágico mirando á su amigo con tan agudas pupilas que el otro apartó la vista. No te equivocas, Marmier te ha dicho la verdad, pero amigo mío, he oído tu paso en la escalera, ¡ estaba pesado ! Tomabas el tiempo de componerte el semblante, has llorado, no digas que no, tienes mojado el bigote. ¡ Ea ! ¡ ya está, no más Brizart ! ¡ *Sacqué* de una vez para siempre !

Tuvo una sonrisa valerosa para pronunciar esta palabra de *argot*, que significa *despedir*, lo mismo en el teatro, que en los estudios de artistas. Un alemán en estado de delirio halló que venía de *zucken* forma intensiva de *ziehen*, tirar. Es simplemente el obrero despedido que recoge sus trastos. El actor, más sabio etimologista en sus simples gestos que el filólogo de allende el Rhin, esbozó el movimiento de alguna persona que recoge sus trastos y añadió : « Ea, ya está despachado »... tomado de *El Correo de Lyon*, que trajo de nuevo lágrimas á los ojos de Valville. El parisiense veraneante tenía esta buena sensibilidad ordinaria de los bastidores, pronta siempre á las expansiones. Enmudeció para no confesar lo que sabía mientras que el moribundo empezaba de nuevo á afeitarse con una energía que flaqueaba á cada instante. Y decía para explicar su extraño empeño en este supremo atavío :

— No tengo miedo, Valville... He sido un buen hombre, un artista que no ha hecho daño á nadie. Cuando llegue delante del Señor leerá en mi corazón y lo verá limpio. Me confesé ayer. No te lo he contado para no afligirte, amigo. He visto al sacerdote. En fin, estoy dispuesto... Pero antes de irme quisiera... Te vas á burlar tú, actor de Variétés. Quisiera representar la tragedia una vez más. Tuve esta idea mirándome al espejo. Cuando me he visto tan delgado, tan blanco, pensé : ¡ Qué lástima no haber tenido esta cara cuando Mitridates !... ¡ Ah qué bien estaba en ese papel ! ¿ No me has visto ? Era el que

yo prefería á causa de Brizart, mi patrón, el verdadero, el grande... Pero tú no comprendes, no puedes comprender. No has sentido nunca la tragedia, tú, Valville... Repitió esta palabra con énfasis : ¡ *la Tra-ge-dia* ! Ella sola es arte y teatro, lo demás... Tuvo un ¡ puah ! impregnado de indecible desdén. Perdóname, amigo mío. Tú sabes cuánto me han complacido tus éxitos. Tenías talento, Valville. Un talento encantador... Pero la tragedia, amigo mío, *la Tra-ge-dia*, Lekain, Brizart y Talma, en fin ha sido la fe de mi vida, mi religión. La he defendido muchas veces contra ti. Me llamabas ridículo exagerado, yo no discutía. ¿ Á qué ? Cuando no se siente eso, no se siente, ya está, pero yo lo sentía. ¡ Ah, y cómo lo sentía !... Tenía la tradición, la había recibido de Fleuret, mi primer maestro, él la tenía de Barrias á quien se la había dado Talma. En fin, Valville, amé tanto la tragedia que me pondría contento, más que contento, sería dichoso, si pudiera desempeñar un papel antes de morir... No creas que me he vuelto loco, Valville, no lo estoy ; quisiera desempeñar el papel de *Mitridates*... ¡ Oh ! no entero, el final solamente con esta cara... Entonces pensé : mi Valvilleteo querrá ayudarme.

— ¿ Yo ? interrumpió el hombre de Variétés como le había llamado el otro, medio enterneado, medio burlón ante un capricho que le parecía tan risible á la par que siniestro ; ¿ pero cómo ?

— Dándome la réplica nada más. Tienes todavía buena memoria... Lo que te pido es que aprendas de aquí á dos horas el papel de Mónica. ¡ Ah ! será un cambio para ti... ¡ Pero son tan hermosos los versos, que tu verás que no resultará cómico y aprenderás también los papeles de Orbates y el de Arcas en las escenas cuatro, cinco, seis y siete del cuarto, y en la cinco del quinto... Pero es preciso que sepas todo esto de aquí á dos horas. Escasamente duraré hasta ahí... ¿ Me lo prometes, Valville ?

Del viejo artista emanaba tal sugestión, y aquella extravagante y suprema demanda de un moribundo se formulaba con voz tan emocionada, tan ardorosa y tan trémula, que simplemente contestó Valville :

— Te lo prometo. Dame tu Racine. En dos horas sabré ese fragmento del papel de la señora Mónica... Valville-

Mónima, confiesa que es un poquito raro... Pero... Y disimuló con esta otra broma profesional la emoción que le oprimía la garganta, no habrá nadie para silbarme.

III

— ¡Valville-Mónima! se repetía el excelente hombre al dar las dos, y volviendo á tomar con el volumen de Racine bajo el brazo el camino de la casita donde lo esperaba su colega. Mónima, Arcas, Xifares... ¡Qué nombres, señores! Nunca he podido oír una de estas horribles latas sin dormir, ó estallar de risa... Esta vez ni dormiré ni reiré, es demasiado triste. Con todo, á alguien que nos viera le parecería ridículo... ¡Cuando se piensa que este bueno de Dubois ha llegado á los sesenta y siete años con ideas tan cursis como esta en los sesos! ¡La tragedia! ¡y él cree en la tragedia! ¡Ah! si no estuviera tan malo... No, no le diré nada. Cuando estaba más fuerte que el Puente Nuevo ya no me atrevía yo á burlarme de él para no causarle pena. ¡Mi mujer me suplicó tanto que no discutiera con él! Es su monomanía, ¿qué quieres?... Me parece que la estoy oyendo... ¡Pobre mujer! muerta también como su hermana, como Brizard mañana, como yo pasado mañana. ¿Es esto divertido? Ver gente sufrir de veras, morir de veras, con palabras sentidas, familiares, uno mismo pronunciarlas, y no sentir asco delante de fantoches vestidos de peplum que hablan siempre en unos diálogos de alejandrinos en estilo noble? Pero cuando hablas de tu cara, Brizard, la llamas *mi geta*, pero no dices :

Et mon front dépouillé d'un si noble avantage
Du temps qui l'a flétri laisse voir tout l'outrage (1)

¿Todo el ultraje? tú dices : churri, chuchurido, reventa-

(1) Y mi frente, despojada de tan noble ventaja
Del tiempo que la marchitó, deja ver todo el ultraje.

do. Qué suerte he tenido yo de tener afición á la verdad, á lo exacto, á lo visto, á lo que uno contempla y codea á diario, sin lo cual hubiera envejecido en mi empleo como Brizard en el suyo, desempeñando ¿qué papeles? Scapini, Crispin, Yodelet, Mascarilla.

¡Y vaya unos nombrecitos! ¡Y estos criados que hablan también en verso! Los cambiaría todos por el portero de la *Mi-Carême*, el tío Miton que me respondía de modo tan raro cuando yo era Boislambert y me lamentaba después de haberme substituido á él en la portería durante unos momentos. Le decía : « He sido el amante de Margarita durante veintidos meses, y su portero durante cinco minutos. Me parece que me he enterado de muchas más cosas siendo su portero durante cinco minutos que siendo su amante durante los veintidos meses. ¡Señor! qué bien estaba Lhéritier en este papel, y yo... ¡Oh! yo no estaba mal!

Y Valville-Mónima, vuelto á ser por un segundo el verdadero Valville, el Valville Boislambert, imitó á su colega de 1874, se imitó á sí mismo, y dijo en voz alta aquellas dos frases de este *disparate cómico* : — tal como calificaba á esta obra el subtítulo que figuraba en el cartel, — con estupefacción de dos lavanderas que interrumpieron el frote de la ropa que estaban lavando para mirar á este señorito bien vestido, con polainas, chaleco de piqué, y corbata azul de lunares, que hablaba solo en voz alta. De repente, acordándose de su viejo amigo Brizard, el comediante sintió remordimiento, y aligerando el paso, dijo :

— Vamos á desempeñar los papeles de Mónima y de Arcas, de Arbates, y Xifares, ya que le place. Después de todo, eso le distraerá un poco; mientras tanto no pensaré en su muerte... Verdad es que ha escogido á *Mitridates*. ¡Qué acierto!... ¡Con todo, es incomprensible!...

— Señorito, dijo la sirvienta cuando llamó de nuevo á la puerta y con voz espantada. Creo que el señorito se ha vuelto loco... ¡Si viera usted cómo se ha difrazado! Es un verdadero Carnaval, señor, ¡y eso, estando tan malo! ¡Ah! señor, haga usted que se acueste; se lo ruego... Está muy excitado... No hacé más que llamar á los romanos. Da miedo...

La extrañeza de la criada pareció natural á Valville desde que entró en la habitación del enfermo. Éste se había puesto la túnica de lana oscura sobre calzones de la misma tela y color. Un cinturón oriental de seda roja con pedacitos de espejos y falsas pedrerías cosidos en ella, apretaba su talle. Llevaba una clámide de púrpura sujeta en un hombro. Había suspendido á un talabarte una de esas cimitarras que los antiguos llamaban *acinaces*, y el gorro frigio cubría su cabeza. Era el atavío con el cual había, antaño, desempeñado el papel de Mitridates. La fascinación que ejercía ese papel en el actor debía ser muy grande, para que hubiera conservado este ropaje. Aparecía como el espectro mismo de esta vieja tragedia á la cual había consagrado un culto tan apasionado que ni al acercarse la muerte le curaba de ello. La delgadez de su cuerpo, antaño vigoroso y recio, se conocía en la amplitud de este fantástico traje. Había pintado su cara para acentuar aun su aspecto casi cadavérico, tiznado los párpados de negro, los labios de morado y sus mejillas de blanquete con ocre. Sus pupilas brillaban con un ardor que pasó á su voz cuando dijo medio en chanza como si hubiera querido adelantar y desarmar la ironía de su camarada :

— Se hace usted esperar, princesa... ¿Sabes tu papel, ó mejor dicho, tus papeles?

— Los sé, dijo Valville, pero este traje... Designó su corbata y la americana también en broma, pero con la garganta apretada por lo grotesco y terrible á la par de la aparición del moribundo en esta guisa. Dubois, llamado Brizard, tuvo que sentarse. Sus esfuerzos para vestirse de esta manera, sin ajena ayuda, lo habían agotado. Contestó :

— No es para la asistencia sino para mí, para quien vamos á representar, y designando su frente : *Veo á Mónica, veo á Arbates, veo á Arcas.*

— ¿Pero de veras se habrá vuelto loco? preguntó Valville.

Mas no, no es que se volviera loco, es que lo iluminaba el entusiasmo por el arte. Irguiéndose, atacó la cuarta escena del cuarto acto como había dicho, aquella en la cual el viejo Mitridates, que conoce los sentimientos de



¿Era juego de actor ó realidad este aniquilamiento... (pág. 251).

Mónica hacia otro, hace presión sobre ella para que se case con él :

Venez et qu'à l'autel ma promesse accomplie
Par des nœuds éternels l'un à l'autre nous lie (1)

(1) Venid y que en el altar mi promesa cumplida
Con eterno lazo á ambos nos una..

¿Sería la fiebre de la vida exaltada, antes de apagarse, por supremo esfuerzo de energía? ¿Sería la emoción sentida por Valville, que lo hacía también sensible en exceso? Le pareció que estos versos, leídos hace poco con indiferencia, con tedio, se animaban de repente al pasar por la boca de su camarada. Ya no era el rey del Ponto quien hablaba en alejandrinos convencionales. Era la queja del anciano desgraciado, el gemido de un corazón que va á dejar de latir y que se despide de todas las cosas de la vida, del amor, de la esperanza, de la primavera; ¡ esta primavera que florecía en las lilas del jardincito debajo de la ventana ! y Valville escuchaba, después de haber recitado maquinalmente los trozos que le correspondían; oía á Dubois, llamado Brizard, sollozar: « ¡ Ella me abandona ! » y maldecirse :

D'avoir laissé remplir d'ardeurs empoisonnées
Un cœur déjà glacé par le froid des années (1)

Lo escuchaba mientras el otro volvía á dominarse, y cuando le anuncian :

Les Romains sont en foule autour de cette place (2)

lanzar el célebre grito : « ¡ Los Romanos !... » Y quitándose el gorro para imitar el gesto legendario del viejo Brizard, el moribundo se lanzó hacia un casco, dispuesto de antemano en una butaca, sin que el espectador único, para el cual representaba, pensara en sonreírse. Por fin llegó al célebre trozo del final de la « quinta escena del quinto. » Valville-Mónima, estaba tan impresionado que apenas pudo pronunciar el verso con el cual la princesa saluda la vuelta de Mitrídates agonizante.

Ah ! que vois-je Seigneur, et quel sort est le votre (3)

- ~~~~~
- (1) De haber dejado llenar con ardores envenenados
Un corazón helado ya por el frío de los años.
(2) Los romanos están en tropel en derredor de esta plaza.
(3) ¡ Ah ! ¿ qué veo, señor ? y qué suerte es la vuestra... :

Mientras que Dubois-Brizard conservaba toda su firmeza de magnánima agonía para contestar :

Cessez et retenez vos larmes l'un et l'autre (1)

¡ Qué éxito si antaño, cuando representaba ese personaje en la Comedia Francesa, hubiera tenido este acento de héroe vencido para decir :

Et ma gloire, plutôt digne d'être admirée
Ne doit point, par des pleurs, être deshonorée !.. (2)

Y luego si hubiera hallado este acento de cariño para gemir :

Mais vous me tenez lieu d'empire, de couronne... (3)

Esta altiva resignación para exclamar :

... C'en est fait, madame et j'ai vécu ! (4)

Si hubiera murmurado en esta forma :

... Approchez vous, mon fils
Dans cet embrassement dont la douceur me flatte
Venez et recevez l'âme de Mithridate... (5)

¿ Pero qué ocurría? ¿ Era juego de actor ó realidad este aniquilamiento, estos párpados batientes, este estertor? — ¡ Brizard ! gritó Valville con voz angustiada. ¡ Brizard ! ¿ Me oyes, Brizard?

El viejo actor tuvo aún fuerza para abrir los ojos.

- ~~~~~
- (1) Cesad y contened uno y otro vuestras lágrimas.
(2) Y mi gloria, más digna de ser admirada,
No debe ser deshonorada por el llanto.
(3) Vos me compensáis el imperio y la corona.
(4) ¡ Todo está terminado, señora y muero !
(5) Acereaos, hijo mío,
En este abrazo cuya dulzura me place
Recibid el alma de Mitridates.

Miró á su amigo. Una última frase le vino á los labios que no pronunció entera. Sin embargo, distinguió Valville esta palabra « talento ». Luego veláronse los ojos, abrióse la boca para respirar algunas veces. Dubois, llamado Brizard, acababa de morir; — y por vez primera y última, en efecto, había tenido talento.

VI — El Tío Theuriot

AQUELLA noche, durante la cena y después, la conversación no versó más que sobre una huelga que estaba perturbando uno de nuestros más importantes servicios públicos. El sindicalismo está de moda este año. Las bellas damas vestidas por Worth y por Doucet que figuraban en torno de la mesa, deliciosamente adornada con orquídeas y figuras de Sajonia, habían, pues, *sindicalizado* del mismo modo que Andrés Chenier era ateo, según Rivarol: con delicia. Los hombres habían protestado con bastante dulzura. Luego, toda esta elegante comitiva se había puesto de acuerdo para reírse de las perspectivas abiertas en esta forma sobre el porvenir. Los parisienses ricos, parece que han perdido hoy hasta la energía del miedo, última forma que toma el instinto de conservación en los animales menos valerosos. Yo los miraba con la impresión que debió sentir este mismo Rivarol, cuando, en 1789, en ocasión de cenar con grandes señores, éstos le decían: « Usted exagera. En Francia todo termina por canciones. » Entre los convidados uno tan solo pareciome, por su silencio desaprobador y su fisonomía preocupada, poseer la exacta conciencia de las realidades próximas, sin duda porque debía estar metido en negocios; pero, ¿cuáles? No lo hubiera podido decir y, sin embargo, lo conocía desde hace veinte años. ¡Qué parisiense es esto también! Yo expliqué su visible preocupación por motivos de interés y sentí estimación por él. Nuestra época está de tal modo infestada de ideología y de la peor, que se experimenta una satisfacción del espíritu al encontrar á alguien que piense en lo suyo. De modo que cuando Amadeo Morand — este era su nombre — se levantó para irse, lo seguí. Contaba cambiar con él unos cuantos